

Enrique Molina

Del progreso del hombre y de los valores espirituales que deben integrarlo

Trabajo presentado al Octavo Congreso Científico Panamericano celebrado en Washington en Mayo de 1940. Inédito hasta la fecha ha sido tomado de las Actas del mencionado Congreso recién publicadas.

Dentro de las finalidades de la vida humana, la que logra contar en nuestros días con un mayor asentimiento en las creencias generales, es la del progreso.

Para muchos la fe en él posee las virtualidades capaces de dar un sentido a la vida. ¿A qué hemos venido al mundo? se preguntaba Stuart Mill. «A dejarlo un poco mejor de como lo hemos encontrado», respondía. Divisa que hizo suya el sociólogo norteamericano Lester F. Ward al fundar la doctrina que llamó «el meliorismo», concepción activista que rechaza tanto el pesimismo desalentador como el optimismo ingenuo.

Sabemos que no faltan motivos para estar escépticos sobre el valor del progreso ni quienes lo niegan francamente, afirmando la imposibilidad de mejorar la naturaleza humana. Estas impugnaciones son fundadas cuando nos contentamos, como es por desgracia muy frecuente en nuestro tiempo, con las manifestaciones materiales del progreso.

El presente estudio tiende a realzar la importancia de los elementos espirituales de la acción humana hasta proponer un

sentido de la vida que puede tomar los relieves de una verdadera filosofía.

Creemos que el progreso puede servir de núcleo a una concepción interpretativa de la vida a condición de no mantenerlo exclusivamente en el plano social y político, donde tanto se ha abusado de él, y se le ha vulgarizado; a condición de mirarlo como creación espiritual, como uno de los modos por donde el hombre llega a la realización de su vida espiritual.

El conjunto de la historia en sus grandes líneas se nos aparece como una doble creación del hombre. Decantación de los esfuerzos, afanes, tribulaciones, luchas y dolores humanos son el enseñoramiento y transformación de la materia y la creación de un modo espiritual, de ideas, conceptos y valores. El verdadero progreso se alcanza solo por medio de la armonía entre esos dos órdenes de creaciones.

Cuando se han perdido las creencias religiosas no queda más que una alternativa: O se vive la vida diciendo que no tiene sentido, o no nos resignamos a dejar de darle un sentido a este vivir consciente, angustioso y esperanzado, placentero y doloroso, humano en una palabra. Lo primero es lo que proclaman hoy en día no pocos individuos de las más variadas condiciones. En este caso los hombres no parecen sino albañiles remendones obligados a reparar un edificio que amenaza desplomarse sin cesar, y ese edificio es su propia vida, hasta que se desploma. Lo segundo es lo que intentamos.

La idea común a los creyentes del progreso, es la convicción de que el presente sea superior al pasado y de que lo porvenir supere al presente: fórmula que con todo el encanto de fe que tiene es demasiado simplista.

Si examinamos genéticamente lo que es progreso vemos que su germen primordial está formado por una idea nueva. En todo progreso, ya sea industrial, económico, jurídico, literario o artístico, debemos observar, antes de su realización plena, ese carácter esencial de empezar por ser un chispazo que ha ilu-

minado la mente de algún hombre. La idea nueva es, por su origen inmediato, de naturaleza personal, cualesquiera que sean los antecedentes sociales que la hayan incubado y sea cual sea el valor social que vaya a tomar luego por obra de la difusión, proceso en que influirán también las propias circunstancias del momento. ¿Será acaso esa idea sólo un brote de un espíritu objetivo existente fuera del hombre o del espíritu del pueblo, conforme a la concepción hegeliana? Sea como fuere, y sin perjuicio de volver sobre este punto más adelante, la conciencia individual marca la línea de luz en que la idea surge claramente, sobre el horizonte de nuestra intuición. De aquí en parte la razón del respeto debido a la conciencia y a la libertad de pensar y de emitir el pensamiento.

En el orden técnico o industrial, la idea nueva se llama más bien invento. Hay definiciones del progreso fundadas en este exclusivo aspecto, como cuando se expresa que el progreso consiste en que el hombre dilate su apoderamiento de la naturaleza y su poderío sobre las cosas, agregando que para tal fin dispone de la ciencia como principal instrumento. Pero ¿da lugar todo invento o idea nueva a aplicaciones siempre beneficiosas para la humanidad? Muy lejos de esto. Dejemos a un lado algunos adelantos materiales que constituyen una adquisición neta para el hombre, como ser la plantación de árboles, el invento del jabón, la extirpación de moscas, ratones, zancudos y de toda clase de gérmenes patógenos, el invento de vacunas para curar o prevenir enfermedades. Fuera de tales casos, los adelantos técnicos, el mayor dominio dado por la ciencia al hombre sobre las fuerzas naturales, la maravillosa explotación de estas fuerzas, los progresos materiales, en una palabra, se prestan por lo general, tanto para el bien como para el mal. Las armas de fuego sirven para que el soldado defienda a su patria como asimismo para que el asesino ultime a su víctima. La navegación aérea permite rápidas y prodigiosas comunicaciones entre los hombres, y, por igual modo, que pueblos indefensos puedan

ser bombardeados y destruidos casi instantáneamente. Los progresos de la química han enriquecido la farmacopea con remedios milagrosos y, a la vez, han puesto en manos del hombre los gases asfixiantes y venenos estupendos. Los automóviles han hecho posibles las expeditas atenciones de la asistencia pública, del comercio y de los negocios; pero, al mismo tiempo, sirven para que ladrones y rateros den sus golpes con mayor seguridad.

Pero, ¿quién va a encaminar el empleo de los inventos hacia el bien si no es el hombre, el mismo que los desnaturaliza y prostituye cuando se lo aconsejan sus vicios y malas pasiones?

De aquí que casi todo progreso que entrañe un aumento de poder sobre las cosas, presente simultáneamente al hombre un nuevo problema, una nueva encrucijada ética, alternativas imprevistas entre el bien y el mal, que deben inducirlo, en medio del goce de los adelantos conquistados, a mantener y elevar su cultura interior.

No siempre se han detenido los pensadores (y de esto ya hemos tenido algunos indicios) a considerar la idea del bien al definir el progreso.

Para Herbert Spencer, el progreso envuelve, ¿quién no lo sabe? el paso de lo simple a lo complejo, de lo homogéneo a lo heterogéneo, a través de diferenciaciones sucesivas, proceso que sería común a todo cuanto existe, ya se trate de los cambios que se van operando en la masa de nuestro planeta, o del desenvolvimiento de la vida, o de la sociedad en general, del gobierno, de la industria, del comercio, del lenguaje, de la literatura, de las ciencias, y del arte.

Pero esta concepción del progreso más que una definición significa la exposición de la ley misma del desarrollo universal conforme a los principios evolucionistas.

Hay otras definiciones que se acercan más al esclarecimiento de la idea del bien. Quién ha dicho que progreso es lo que asegura el aumento de la felicidad humana, concepción que parece

acertada si se toma *grosso modo*, pero no puede entenderse sino en el sentido de aumento de las condiciones externas que en un medio social dado puedan contribuir a mejorar las condiciones de la vida de los hombres. Que en cuanto a la felicidad misma... este es un problema individual, cuya solución denota un estado de plenitud anímica no siempre fácil de medir y que no puede crecer indefinidamente.

Quién ha visto la fuente y el fin del progreso humano en el cultivo y desarrollo de la personalidad libre, racional y autónoma del hombre. Es esta una concepción que no trae mucho de nuevo, pero que, salvo sus aristas bastante afiladas de individualismo, puede marcar una buena orientación para la formación del carácter.

Quién estima de una manera más completa, que el progreso social consiste en el creciente control racional sobre todas las condiciones de la existencia social, ya sean estas internas o externas, control que se traduciría en una mayor capacidad de experiencia de parte de los individuos y de los grupos, en mayor eficiencia para realizar las tareas de la vida y en mayor armonía entre los individuos y entre los grupos en sus relaciones mutuas.

Nos parece expresar más íntegramente el contenido del concepto del progreso, decir que él existe cuando podemos anotar un mejoramiento de las relaciones entre los hombres, difícil de asegurar sin el perfeccionamiento de las almas, y aumento de poderío humano en el conocimiento y dominio de la naturaleza. Progresos parciales son posibles en cada uno de los aspectos indicados o subentendidos en la definición anterior. Bajo la denominación de naturaleza, comprendemos todo cuanto tenga cabida dentro de nuestras facultades de conocer y sentir y sea capaz de impresionarlas: objeto y sujeto; el mundo y nosotros.

Confirmamos entonces, lo que ya habíamos dicho, de que entre los elementos del progreso desentrañamos como núcleo esencial una idea nueva o invento que debe perseguir la reali-

zación de un bien. La idea verdaderamente nueva es un caso de síntesis creadora, de realización del espíritu.

¿Comprende lo que acabamos de exponer todas las posibilidades del progreso y de la realización del espíritu? Por cierto que no. Quien cumple simplemente con su deber puede no ser un creador en el campo de la inteligencia, pero es un conservador del orden espiritual. Al hombre le es dado progresar, sin constituir un foco de ideas nuevas, si busca su perfeccionamiento interior, sobre todo ético e intelectual, manadero de la armonía y plenitud de su alma. Este perfeccionamiento significa para él y entraña la realización de su vida espiritual, llama interior en que pueden ir depurándose y sublimándose, las demás inquietudes y peripecias de su vida

Así, todo progreso debe tener como ápice y suprema finalidad, un florecimiento del espíritu.

Muchas teorías se han formulado sobre las causas y orígenes del progreso, haciendo de este fenómeno una misma cosa con el de la causalidad social. Así tenemos la interpretación geográfica, la biológica o racial, la institucional, la religiosa, la educativa y la económica.

Por ocupar esta última tanto lugar en las inquietudes de nuestro tiempo, especialmente en su forma de materialismo histórico, nos vamos a detener particularmente en ella por un momento.

Esta tendencia ve la causa única de los hechos sociales en el factor económico, que comprende principalmente las necesidades de mantenimiento, los medios de producción, las formas de producción, la técnica, la distribución de la riqueza y, por consiguiente, las vigencias relativas a la propiedad.

En términos muy del agrado de los prosélitos del materialismo histórico, se dice que la infraestructura económica determina necesariamente todas las manifestaciones de la superestructura social y espiritual, el derecho, la moral, la religión, el arte, la filosofía y la política. Un progreso en la técnica trae consigo

cambios en las relaciones del trabajo y convulsiones sociales, lo que, a su vez, modifica correspondientemente la ideología del tiempo. Las ideas en este sistema no tienen ningún poder. Son el ropaje de la armazón económica. Para Hegel la idea es el demiurgo de la realidad, por lo que esta no pasa de ser la apariencia externa de aquella. Marx se complacía en tomar la posición antípoda y decía que para él, al revés, lo ideal no era más que la reverberación de lo material en la cabeza del hombre.

Es innegable la importancia del factor económico en la historia. Grandes florecimientos como el de la época de Pericles, el del cuatrocientos en Florencia, el del Siglo XVII en los Países Bajos, el del Imperio Alemán antes de la Gran Guerra y tantos otros han descansado de una manera más o menos inmediata en un estado de prosperidad económica. La mayor parte de las guerras han provenido de dificultades y ambiciones financieras y comerciales. Asimismo la mala distribución de las riquezas y la extrema pobreza de algunas clases sociales suelen precipitar las revoluciones. La extinción de la nación espartana se ha atribuído a la acción disolvente de su defectuoso régimen económico. Igualmente se ha visto en la ruina del Imperio Romano una consecuencia de la despoblación causada por la esclavitud y las insoportables cargas fiscales que pesaban sobre los ciudadanos. En la época contemporánea, con la aplicación creciente de las máquinas a la industria desde fines del siglo XVIII y el desarrollo de la técnica, el peso de las fuerzas económicas en la evolución y vicisitudes de los pueblos se ha hecho sentir de una manera aún más manifiesta. Pero del reconocimiento de estos hechos a lo que pretende el materialismo histórico hay mucha distancia.

Karl Marx ha dado en el siglo XIX la expresión de mayor resonancia a la doctrina. Marx era, como su amigo y colaborador Frederic Engel, social-demócrata, y sus ideales políticos prestaron color a sus teorías sociales, que, por otra parte, fueron un reflejo del indiscutible predominio del capitalismo, en

Inglaterra principalmente y luego en el resto del mundo, durante ese tiempo.

Hay en la personalidad de Marx una dualidad contradictoria. Por un lado se nos presenta el hombre de ciencia, el dialéctico que condena toda declamación en materias económicas y afirma que los procesos de la producción y del trabajo con su secuela de consecuencias sociales se desarrollan en virtud de un determinismo inflexible. Son cosas huecas e inútiles para él los entusiasmos líricos y románticos de los socialistas franceses de su época. La forma de producción, sostiene, se halla condicionada por los medios de producción. Una sencilla herramienta está al alcance de cualquiera, máquinas pueden poseer solo los capitalistas. Los progresos de la técnica y la introducción de las máquinas como medio de producción han colocado al obrero en una nueva relación de servicio que ha transformado su vida, y ha planteado graves problemas. Observa Marx el hecho de la acumulación de la fortuna en pocas manos y anuncia que irá en aumento la inflación de los grandes capitales y la eliminación por esta misma circunstancia de los pequeños. Han tenido que agudizarse así los intereses de clases del proletariado y su oposición a la burguesía. Pero en virtud de un proceso de concepción derivada de la dialéctica hegeliana este estado de cosas se derrumbará por sí solo. De la propiedad en poder de pocos se pasará rápidamente a la situación contraria, la propiedad en poder de todos. El egoísta afanado en acumular riquezas era para Marx el mejor auxiliar de la revolución que veía venir.

Pero por otra parte se transforma el pensador austero en agitador popular que hace de la lucha de clases y de la dictadura del proletariado ideales de combate de las masas para obtener la socialización de los medios de producción y la igualdad de una sociedad sin clases. En su carácter de agitador, el apóstol se lanza en invectivas contra los burgueses explotadores, el capitalismo y las iniquidades de la civilización actual. Se ve que las dos actitudes son inconciliables.

Si, como en el primer caso, todo ocurre en virtud de un determinismo ineluctable, no hay para qué hablar de injusticias, ni de responsabilidades morales. Nadie es culpable de nada. Los que luchan por la destrucción del régimen capitalista y sus defensores no pasan de ser autómatas lúcidos, veletas que tienen conciencia del viento que las mueve.

Si, como en el segundo caso, es menester que las masas aguerridas vayan violentamente a la conquista del poder y al establecimiento de la dictadura del proletariado para realizar sus ideales, se derrumba el edificio científico recién levantado. A la acción de las leyes sociales incontrastables se substituye el empleo de las fuerzas de los hombres ejercitadas voluntariamente.

Han sido estas, como dice Turgeon, «distracciones de polemista o inconsecuencias de rebelde: distracciones e inconsecuencias que han abierto en su construcción sistemática una profunda fisura por donde su materialismo histórico se vacía de toda lógica determinista».

Al materialismo histórico podemos acusarlo de unilateralismo estridente. Por poderosa que sea la acción de los antecedentes económicos, ella no es exclusiva, como los sostenedores del materialismo lo pretenden. Forman una corriente en el océano de la historia, pero no todo el océano.

Sin ir más lejos todavía, querer hacer de la lucha de clases la clave de toda la historia es limitar el campo de visión del espíritu de una manera que no convence a nadie. ¿No han existido nunca acaso las guerras de raza, de naciones, de religiones? ¿No han existido las guerras de los pueblos por su independencia? La vida de la humanidad está llena de unas y de otras. En cualquier estado encontramos la rivalidad de la capital con las provincias; de estas entre sí; de unas ciudades con las de más allá. Tenemos la rivalidad de las profesiones y la que toda generación siente respecto de su predecesora en la vida. La lucha de clases no es, pues, más que un episodio de la oposición universal. Des-

provista de su condición de concepto explicativo de la historia, que no puede asumir, la lucha de clases no es en manos del marxismo sino una bandera política.

Las necesidades son sin duda el aguijón de la vida. Sin necesidades, o sea, sin deseos insatisfechos y contrariados, no habría tal vez conciencia individual. Sin las necesidades de la sociedad y de los pueblos no habría tal vez historia; pero, aunque las necesidades materiales y económicas sean las primordiales, no son las únicas. El criterio genético puede inducir a error, cuando se le aplica a otro fin que a desentrañar la raíz vital de un objeto o de un organismo. El origen de una cosa no determina su naturaleza de una vez para siempre. El origen animal del hombre no ha significado para éste ni con mucho el destino ineludible de no tener que ser más que un animal. Al lado de los instintos de conservación y de reproducción que posee en común con los animales y cuya satisfacción mantenida dentro de los términos de la animalidad es sobre todo de orden material, han distinguido al hombre diversas aspiraciones espirituales. La economía del hombre primitivo no es muy superior a la de los animales, pero sí lo son sus ideas sobre la muerte y los muertos, sobre los espíritus y sus obscuras inquietudes relativas a los misterios del universo, o sea, los conceptos de una incipiente religión.

¿Cómo desconocer en los grandes movimientos religiosos el aliento místico de apóstoles y muchedumbres que proceden, sobre todo en los comienzos, en medio de los mayores sacrificios y con despreocupación de ventajas económicas? El materialismo histórico ha querido ver en los móviles de las cruzadas las incitaciones del comercio y del afán de lucro. Sin duda en las últimas, a contar desde la cuarta, hubo mucho de esto; pero las primeras fueron la obra tan solo de la exaltación de la fe, libre de todo interés mercantil. Que haya habido sacerdocios, órdenes religiosas, e iglesias ricas no significa que las religiones tengan un origen económico. Es un hecho de naturaleza ideológica y no

económica que la iglesia cristiana fuera dueña en la Edad Media de la tercera parte de los bienes inmuebles y percibiera la mitad de las rentas de Europa. La riqueza afluía a las iglesias en virtud de las creencias de ese tiempo.

Los holandeses se dejaron matar por millares bajo el reinado de Carlos V y Felipe II, perdiendo vida y haciendas, antes que abjurar de su religión.

Los puritanos y cuáqueros abandonaron las comodidades y ventajas de que gozaban en su patria (que pudieran conservar renegando de su fe) para ir a buscar en los páramos y bosques vírgenes de la América del Norte una tierra donde practicar sus creencias y disfrutar de libertad espiritual. «Las cuatro colonias de la Nueva Inglaterra», dice André Siegfried, «habían sido fundadas por disidentes puritanos ingleses, cuya fuerte personalidad ha marcado toda la vida americana con color indeleble, persistente aún hoy día: quien no comprende al puritano no puede comprender al americano».

Y hay que tener presente que M. Siegfried es economista.

Comunistas y socialistas se complacen en invocar a Jesús como uno de los suyos, casi como un precursor del materialismo histórico. Nada más contrario a la esencia de la prédica nazarena. Sin duda el dulce Mesías amaba a los pobres y no tenía paz con los ricos, a quienes exigía que repartieran sus riquezas entre los primeros. Pero a los ricos los despreciaba, no tanto porque tuvieran fortuna como porque eran ciegos para otra clase de bienes. El estimaba los valores espirituales y no los materiales. Sus enseñanzas eran el amor, la justicia, la humildad y el perdón; no la codicia y la violencia. La palabra evangélica es, «Buscad a Dios y lo demás os será dado por añadidura»... La del materialismo histórico es, «Buscad la fortuna»... «Los pobres que no viven más que deseando la plata y echándola de menos pertenecen al reino de Mammón tanto como los ricos. Jesús odia el dinero como un arma que el adversario usa para arrebatárselo a sus amados discípulos». No digo que no haya socialistas y comunis-

tas desinteresados y abnegados; pero no cabe mayor antítesis entre las doctrinas.

¿Cómo no reconocer también el lugar de preferencia que le corresponde al derecho entre los antecedentes que determinan y encauzan la vida social? Sin estado sólido y orden jurídico las actividades económicas no pueden desarrollarse y prosperar. En todas partes el estado ha establecido la unidad de la ley, de las monedas y de las medidas; ha construído caminos, borrado fronteras lugareñas y conducido así de las economías locales a la economía nacional. Sin confianza en el porvenir, lo asegura el orden de derecho, no se organizan empresas de largo aliento. Los campesinos no cultivan sus campos, cuando temen no poder recoger el fruto de sus esfuerzos. En las ciudades, los almacenes, al menor desorden callejero, cierran sus puertas. «El derecho es el principio del orden público y privado», dice Turgeon, «sobre el cual se apoyan todas las actividades económicas».

Los progresos del derecho penal en el siglo XVIII no fueron debidos a episodios de la producción, sino a las ideas humanitarias y a las concepciones de un nuevo derecho natural esparcidas por Grotius, Thomasius, Montesquieu y Beccaria.

Si bien es cierto que un buen número de guerras han provenido de dificultades y ambiciones financieras y comerciales, esto no agota el caudal de sus antecedentes, en particular si consideramos las guerras civiles, más destructoras del alma tal vez que las otras. Es menester agregar entre los móviles de los combatientes el amor a la patria, la adhesión a algún credo político, el arraigo de determinadas tradiciones. El mismo delirio de los imperialistas no queda completamente explicado con señalar los alicientes económicos que hayan podido armarlo. Ha obrado probablemente también en ello esa especie de ambición que se llama «voluntad de poder», fórmula pretenciosa, falsamente culta, con que se reviste de piel filosófica la brutalidad de animal de presa primitiva aún subsistente en el hombre.

En el mismo tema de las reivindicaciones económicas de las masas (tema justificado en cuanto presentación de un problema que hiere nuestros sentimientos de humanidad), hay algo que sobrepasa lo meramente material y económico. Ese algo es nada menos que la justicia, sin la cual las reivindicaciones carecen de todo valor, siendo a la vez que con ella el problema toma el carácter moral y jurídico que le corresponde. Si el hecho de privar al obrero de una parte del producto de su trabajo no es un acto injusto, la famosa tesis de la plusvalía no tiene ningún sentido. Es verdad que cabe llevar a cabo por la fuerza las reivindicaciones que se quiera; pero el movimiento que así procede se envenena a sí mismo. Nada duradero se puede construir fuera de la justicia: pretender lo contrario está condenado al fracaso, como levantar cimientos en el lodo. La violencia se explica como hecho bruto; pero quien defiende ideológicamente sus reivindicaciones no puede hacerlo, sino diciendo que son justas, con lo que reconoce la necesidad de fundarlas en un valor espiritual.

Hasta este momento hemos examinado el hecho económico en sus relaciones externas con otros hechos. Mirémoslo, ahora en sí mismo y encontraremos hasta qué punto es tributario de las fuerzas intelectuales y morales del hombre.

La inteligencia interviene en todos los momentos del proceso económico, desde el que se limita a una producción rutinaria hasta el que parte de una revolución técnica. Hemos visto anteriormente que todo progreso arranca de una idea nueva. Las transformaciones económicas no se abstraen a esta ley. El aprovechamiento del fuego y la domesticación de los animales han tenido que empezar por ser concepciones audaces de genios primitivos. ¡Cuánta intuición y valor fué menester para pensar en domeñar al potro salvaje y conseguirlo, para convertir al toro en buey y uncirlo al arado! ¡Cuánto ingenio supone la fabricación de las primeras ruedas, del remo, de la embarcación a la vela! Y en nuestros días los descubrimientos del vapor, de la electricidad, de las sustancias radio-activas y de las ondas

electro magnéticas son obras del espíritu creador del hombre. El automóvil y el aeroplano, maravillas de la técnica contemporánea, se hallan como toda técnica, condicionadas por la ciencia y se van perfeccionando por pequeños inventos sucesivos. La inteligencia ha sido, pues, el hada que ha presidido las transformaciones de la vida económica.

Los defensores del materialismo histórico reconocen ciertamente la existencia de ideas y sentimientos artísticos, religiosos, morales, científicos, de fenómenos ideológicos o ideales, en una palabra; pero los entienden sin autonomía propia, como títeres manejados por ocultas cuerdas económicas. Al ocurrir las cosas de este modo, sería cual si esas vivencias del alma, cuya realidad no podemos desconocer, en verdad no existieran. El materialismo las reduce a sombras inoperantes. ¡Ah, no! Ellas tienen autonomía y vida en sí desde el momento de nacer. Los héroes, los verdaderos sabios, los grandes artistas y los santos constituyen un argumento viviente de la autodeterminación espiritual del hombre. Ellos no consideran lo esencial y fundamental de la existencia su sustento material. Se dirá que son los menos; pero forman la columna señera de los rumbos y sentidos de la vida.

El materialismo histórico, como quien se retira de una trinchera a otra, sostiene en último término que, aún cuando la acción del factor económico parece ausente, obra de manera decisiva en la subconsciencia. Argumentando así no habría por qué no ir más lejos y encontrar la razón de todos los acaeceres psíquicos y sociales, en la vitalidad de la célula o en la energía del átomo, que son los elementos primordiales de donde arranca nuestro ser.

No desconocemos la enorme importancia de los factores económicos en la vida humana, como antecedente de muchas de sus modalidades o como base imprescindible de ella. Una situación económica es una base o un medio para la vida espiritual.

pero no la vida espiritual misma que posee autonomía y es capaz de reaccionar sobre la propia base económica.

El materialismo incurre en el error de elevar los medios a la categoría de causas determinantes. Los medios son indispensables, pero la razón que motiva el acto es el fin o móvil que se persigue. Sin carbón o petróleo no puede salir en viaje ningún vapor; pero la causa que da lugar al viaje no es el propósito de quemar el carbón o el petróleo, condiciones materiales y económicas de presencia imprescindible para su realización. Ella radica en el propósito de anudar o mantener entre diversos países relaciones comerciales y de cultura: llevar y traer mercaderías de uso corriente y objetos de lujo; transportar artistas y conferenciantes, trasladar turistas a gozar de climas benignos, a admirar bellos paisajes y hasta para que vengan a pescar salmones en nuestros lagos del sur; llevar gente movida por un puro afán de conocer, a dar vuelta al mundo, y a otros, a quienes agita quizás una inquietud de aventuras y el deseo de servir al progreso de la ciencia, transportarlos a correr el riesgo de explorar páramos, desiertos, montañas, no trepadas por el hombre todavía, las regiones polares u otros parajes desconocidos: acciones todas que, reclamando una base de posibilidades de dinero, no pueden ser encerradas dentro del marco de fines económicos y tienen en cambio algún sentido espiritual que es su verdadera causa.

No se justifica de ninguna manera, pues, la pretensión de elevar los factores económicos a la categoría de causa única del devenir social, como lo quiere el materialismo. A su lado hay que considerar los demás agentes enfocados por las tendencias que venimos estudiando.

La vida humana me parece una pirámide. La base es indispensable para que exista la cúspide. La concepción del materialismo histórico equivale a achatar la pirámide y reducirla a la platitude de una línea confundida con la base. O si se quiere, la vida es un tenso resorte en forma de espiral. La interpretación

materialista es como sentarse en ella y aplastar su bello impulso de elevación.

Como conclusión de esta parte de nuestro estudio nos parece más cerca de la verdad que las causas señaladas aisladamente por sus propugnadores forman un haz complejo de antecedentes que se entrecruzan y trabajan simultáneamente sin perjuicio de que ya una, ya otra, ora los intereses educacionales, o los económicos y políticos, o los ideales intelectuales, o el sentimiento nacional o religioso, pesen más en un momento dado. «La historia es un proceso» dice N. Hartmann, «en que toman parte factores de todos los grados del ser; es un proceso, tanto económico como espiritual, tanto de los intereses vitales como de los intereses culturales de un pueblo... en él dejan sentir su influencia las ideas, los valores, los errores, las concepciones del mundo; los medios técnicos no menos que las sugerencias psicológicas; incidentes accidentales no menos que esfuerzos planeados». Y bajo todos estos motivos, que se presentan fácilmente a la observación, actúan de una manera constante la situación y configuración geográfica del país, su clima, la riqueza de su suelo y las herencias ancestrales de la raza. Estos agentes obran de un modo que podríamos llamar genético y primitivo, como escultores invisibles que hubieran hecho el bloque y tallado las líneas generales del ser social a que van a ir dando toques sucesivos las instituciones políticas, la organización económica, la educación, el cultivo de la inteligencia y la religión.

Para completar el cuadro anterior ocupémonos de las modalidades del progreso y expongámoslas en fórmulas breves como principios inductivos:

- a) Es raro que el progreso se manifieste a la vez en todos los órdenes de actividades y que sea común a todos los pueblos de una época dada.
- b) El progreso depende del estado social anterior.
- c) Las diferentes funciones sociales influyen unas so-

bre otras recíprocamente, siendo mayor la acción de las más fundamentales.

d) Un progreso definitivo, la constitución de la ciudad ideal en que no haya cambios, es una quimera.

e) No es posible inferir deducciones sociales con la precisión propia de las ciencias matemáticas, astronómicas, físicas y químicas.

f) El progreso está en razón directa de la dominación del hombre sobre la naturaleza y en razón inversa de la dominación o explotación del hombre por el hombre.

g) Sin esfuerzo no hay progreso. El hombre tiene que pagar con tribulaciones y sacrificios su avance en la vida. «¡Oh, Dios, tú nos vendes todo al precio del trabajo!», ha dicho Leonardo de Vinci.

Cuándo hablamos de esfuerzo no queremos significar trabajo penoso y menos aún trabajo que sea el sometimiento obligado a condiciones de injusticia o a algún género de explotación, sino labor llevada a cabo con perseverancia y entusiasmo. Para cada hombre, no sólo para el investigador científico o el industrial, el literato, el legislador o el profesional, sino también para el modesto obrero, su trabajo debe revestir un valor absoluto, como lo esencial de su vida y ha de ejecutarlo con devoción y amor de artista. Trabajando con este amor el alma humana puede encontrar lo que llaman los filósofos la infinitud en lo finito.

Hemos dicho que el progreso en cuanto idea nueva o invento aplicado al bien es una de las formas en que el hombre realiza su vida espiritual y que toda innovación no informada por el buen espíritu es un movimiento sin sentido cuando no es un mal movimiento.

Así hemos venido hablando del espíritu y de lo espiritual como si fueran términos perfectamente claros, pero ¿son tan claros dichos términos en verdad? Veamos.

¡Qué asunto más maravilloso y apasionante es este del espíritu, entidad que nos rodea como ambiente y se nos presenta ya cual fuerza interior, ya cual fuerza exterior suprema! La sentimos y dudamos de ella. Sigamos a este personaje ubicuo del drama universal en sus peregrinaciones y avatares, su pasión y muerte, pero luego en sus resurrecciones y en su eterna presencia. ¿Qué es el espíritu? ¿Es una substancia, una causa, una función, una mera palabra acaso, o un resultado sin substancia de las actividades de la vida?

Espíritu es una de las palabras con más sentido y de más variados usos del lenguaje humano. Es más rico en sugerencias que su sinónimo alma y parece que tuviera un poder mágico sobre la emotividad de los hombres. Sirve para que estos hablen y discurren sobre una multitud de cosas que no entienden bien. Es por lo mismo un término de contenido impreciso. En virtud de la imprecisión de su significado la palabra espíritu ocupa un lugar intermedio entre los valores musicales y los propiamente lógicos o conceptuales. La música despierta en los sensibles a ella emociones de otra manera inefables; pero la vaguedad y amplitud de los estados a que da lugar hace que cada cual la interprete según su propio sentir y experimente la placidez de encontrar expresado en esas notas imprecisas lo más íntimo de su ser.

Como se sabe, Bergson deriva la vida de un impulso vital original, que es una especie de fuerza espiritual universal e increada, pero al espíritu humano lo identifica con la conciencia. «Quien dice espíritu dice ante todo conciencia», son sus palabras. En otra parte expresa: «¿Cómo definir de otra manera el espíritu, sino como la facultad, la fuerza de sacar de sí más de lo que contiene, devolver y dar más de lo que recibe?» En estas líneas el espíritu casi queda identificado con el impulso vital, la fuerza creadora por excelencia. El espíritu que obra en el hombre no viene a ser más que una derivación, una emanación, un avatar del impulso vital. Esto en cuanto una caracterización

genética; pero ya hemos dicho que el espíritu es conciencia y como tal su cualidad suprema es la memoria. «La primera función de la conciencia consiste en retener lo que ya no es, en anticipar lo que aún no es. El presente no tiene más volumen que el límite puramente teórico que separa el pasado del porvenir. Puede en rigor ser concebido; en verdad no es jamás percibido. Cuando creemos sorprenderlo ya está lejos de nosotros. Lo que percibimos en realidad es cierto espesor de duración, que se compone de dos partes: nuestro pasado inmediato y nuestro porvenir inminente. Sobre este pasado estamos apoyados; sobre este porvenir nos inclinamos: apoyarse e inclinarse así es lo propio de un ser consciente. La conciencia es, pues, un lazo de unión entre lo que ha sido y lo que será, un puente echado entre el pasado y el porvenir, «Estamos estudiando el espíritu», cada sílaba al pronunciarse va cayendo en el pasado y se registra en la memoria y al llegar a la última toda la frase es ya presa del recuerdo. No es presente. «Nuestra vida interior entera», dice Bergson, «es como una frase única, empezada en el alba de nuestra conciencia, sembrada de comas, pero en ninguna parte cortada por puntos».

Rudolf Eucken, von Uexküll y G. F. Stout pueden señalarse entre los más connotados defensores de la interpretación del espíritu como una realidad suprema que nos envolviera totalmente. ¿Cómo entender ahora este espíritu universal que, sin tener los atributos de una persona, es ordenador del mundo, primer resorte de la vida, condición de nuestro propio ser espiritual y guardián de los valores morales?

Parece que el hombre, en su desolación, cuando no se embota, embriaga o aturde en el ajetreo de la vida, quisiera encontrar un consuelo, sumiéndose en ondas de algo eterno e infinito. Nos parece poco grato arrancar a nadie de un estado mental de armonía; pero buscando también la armonía dentro de nosotros mismos no podemos dejar de ver que las interpretaciones anteriores se substraen a ser pensadas claramente. Son más

aparentes que reales. Nosotros no tenemos y tal vez no podemos tener el conocimiento de un espíritu puro. Concebimos sí una energía condicionada por sus propios elementos, de cuya condición resulta el orden de la naturaleza; energía en acción perpetua y siempre en trance de superación. Pero en esta energía las creaciones del espíritu están solo en potencia. Para realizarlas se hacen necesarias formas orgánicas superiores que en nuestro pequeño planeta no son otras que las formas humanas. Desde nuestro diminuto observatorio, no podemos ver tampoco en el universo nada semejante a lo que hace el hombre. Los astros con la admirable ordenación de sus movimientos y la maravilla de su luz giran como masas obedientes, pero ciegos y sordos a la energía que los manda y todo lo penetra. Los árboles, las flores, las fuentes, las aves por bellas y aladas que sean, los animales todos, son también comparsas obedientes y ciegas de la energía universal. Sólo en el hombre provoca ella reacciones encaminadas a la busca de una conciencia de sí misma. Ahí están las maravillas del cielo y de la tierra; pero solo el hombre puede apreciarlas y reflejarlas en el espejo de sus ecuaciones de verdad y de sus obras de belleza. Sin creer, al aventurar esta idea, incurrir en divagaciones ni en el pecado de finalismo, nos parece que los sentidos del hombre sobrepasan la significación de órganos personales, que tienen valor cósmico, y son como ventanales abiertos para que el mundo pueda mirarse a sí mismo y darse cuenta de su realidad. Para encauzar la energía en la vida social, el hombre igualmente da forma a la moral y al derecho y queriendo abarcar con su mirada sobrecogida cuanto existe se absorbe en concepciones religiosas. De lo que se deriva para el hombre el arduo destino de aparecer en medio de las confusas y entreveradas fuerzas del mundo como cooperador de la creación, como vértice a que convergen corrientes secretas para encender en él las lámparas del espíritu.

Hemos encontrado serias dificultades para representarnos al espíritu como substancia pura, sea en cuanto entidad universal

o en cuanto entidad personal. Como ha dicho Lucrecio: «la naturaleza no ha dado vida a un espíritu sin cuerpo, a un espíritu puro que exista lejos de la sangre y de las venas». La suposición de un espíritu como principio de las cosas no explica nada. O no pasa de una explicación aparente, que consiste en substituir un misterio por otro: al misterio de la existencia en sí por el misterio del poder o de la potencia en sí.

Pero supongamos que existiera una substancia espiritual universal, en la forma que dice Bergson y otros filósofos, como un flúido que soplara fuera de nosotros para insertarse de alguna manera, en su oportunidad en el cerebro. ¿Satisfaría tal concepción esa inquietud nuestra que se manifiesta, cuando hablamos de las normas del espíritu, cuando ensalzamos sus excelencias y buscamos la elevación espiritual? ¿Cómo suponer que lo más característico del espíritu humano, los valores y las emociones relacionadas con ellos, las emociones de lo bueno, de lo justo, de lo cierto y de lo bello, provengan de una entidad tan difusa y deshumanizada? ¡Ah no! El espíritu se halla integrado por todo lo que ha hecho el hombre en el campo de la moral, de la ciencia, de la religión y del arte (la obra toda de la inteligencia iluminada, disciplinada y sacudida de emoción) y por lo que aspira a hacer en estos mismos órdenes para continuar perfeccionándose y superándose.

Con lo dicho queda expresado que la negación de una substancia espiritual no implica de ningún modo para nosotros que vayamos a considerar borrado lo espiritual de nuestra existencia. Lo espiritual existe y existirá, mientras haya vida humana, como una función de nuestro ser, función que supone la actividad orgánica de la substancia primitiva, llámesela cuerpo, materia o como se quiera. Lo espiritual no es principio, sino un resultado que a su vez se convierte en causa. No es la causa eficiente de nuestras creaciones, sino la flor de nuestra actividad creadora que en forma concreta se incorpora en obras y en forma abstracta en valores. Suponiendo aún que existiera el espí-

ritu universal de que hemos venido ocupándonos, éste no se manifestaría para nosotros sino por medio del hombre y a través del hombre. Pensando tal vez en algo semejante dijo el místico: «El reino de Dios está dentro de nosotros».

¿A qué se refieren, ordinariamente, los escritores y literatos, cuando hablan de la importancia y de la superioridad del espíritu y de sus derechos? No es a otra cosa que a las funciones intelectuales y a las facultades creadoras en arte y ciencia, en filosofía y religión, acompañadas del reconocimiento y estimación de los valores morales. Esta última condición ha querido, sin duda, acentuar Keyserling, al decir que el espíritu consiste en el sentido. En cambio Scheler hace resaltar no la orientación, sino el acto. Para este filósofo el espíritu es actualidad pura, cuyo ser se agota en la realización de lo que hace y la persona humana no es una substancia, sino un complejo de actos organizados monárquicamente, por cuanto uno lleva en cada caso el gobierno y la dirección de la totalidad psíquica. Así el espíritu se nos presenta como algo en perpetuo trance de realización, cuyos cauces lo forman las creaciones del hombre y el sentido primordialmente ético que éste ha de saber dar a su vida.

Ya sabemos que Spinoza no veía en el universo la obra de un designio. Para él el mundo había salido de las manos de Dios «tan necesariamente como dos rectas es la suma de los ángulos de un triángulo». Tiene el valor de la confirmación de este aserto la interpretación que hace Bergson del espíritu universal al presentarlo como una fluencia continua, sin cesar mutable e inaprehensiva. ¡Cuánto interés reviste para nuestro asunto la actitud del hombre al frente de esta corriente sin sentido! Aparecen las obras del espíritu humano, aunque parezca raro, tendiendo a la estabilidad, tendencia a la que no se substraen ni aún los llamados espíritus innovadores y progresistas.

Las obras de arte, de mecánica y de técnica son concreciones de momentos de la vida del espíritu. Todos los valores significan ensayos para asegurar la estabilidad de las cosas hu-

manas. Ante todo los valores religiosos. Dios y el alma inmortal constituyen proyecciones en busca de lo eternamente definitivo. La moral aspira a asentar sobre sillares incommovibles los conceptos de virtud y de bien. Los artistas, los críticos, y sobre todo los filósofos, han lanzado contra los embates del tiempo el gas de su sueño de una belleza eterna.

Los postulados del entendimiento y de la ciencia retan al porvenir, estableciendo la uniformidad esencial de la naturaleza, los principios de contradicción e identidad, el determinismo, la ley de causalidad. La metafísica no ha dejado de traer su aporte, que ha sido nada menos que la idea de substancia. Substancia es lo que permanece inalterable bajo las cualidades que cambian.

Las instituciones sociales y políticas pretenden descansar, asimismo, sobre preceptos de derecho que en parte por lo menos aspiran a ser inmutables.

Aún las individualidades de tendencias avanzadas que aparecen como queriendo acentuar la corriente de mutabilidad de todas las cosas no son meros cooperadores de los cambios inconscientes y extraños a lo humano que caracterizan al mundo inorgánico. Lo son si cuando no pasan de revolucionarios anarquistas. El anarquista es una especie de fuerza ciega de la naturaleza. Es una regresión de la personalidad humana a la categoría de tromba, de tornado, de erupción volcánica. El innovador constructivo trata de impulsar y encauzar la corriente de las cosas, tanto materiales como espirituales, en sentidos favorables al hombre. Aspira a trocar valores ya rancios por otros más justos, principios caducos por otros más verdaderos, prácticas añejas por otras más convenientes; en fin, un orden por otro orden. Y cuando solo se ha conseguido por el momento implantar nada más que el desorden, vuelve, pronto o tarde, de alguna manera, un nuevo orden, es decir, la busca de la estabilidad.

Hasta las doctrinas que sustentan las ideas del incesante cambio de cuanto existe aspiran, a su modo, a la permanencia:

aspiran a subsistir, como los espejos que, suspendidos sobre la eterna corriente del tiempo, reflejaran mejor que nada el incontenible devenir de las cosas.

Las obras del espíritu humano parecen asideros y anclas que éste arrojará en la torrentera del mundo para afirmar la vida en algo sólido. Son como tajamares levantados a fin de que la corriente desbordada no lo arrase todo, tajamares con veredas para que los movimientos de los hombres se efectúen sin peligros. Son jalones para seguir construyendo el porvenir.

¿Qué sentido podemos dar a esta acción estabilizadora del espíritu frente al precipitado fluir del río de la duración?

Me parece que sólo el de que en este pequeño mundo de nuestra experiencia, no obstante su pequeñez y lo precario de la vida humana, únicamente a través del espíritu del hombre, por medio de las obras del hombre, se manifiestan designios. O expresado en otra forma: El designio en nuestro mundo ha empezado con el hombre.

Nada podemos decir todavía de lo que ocurra en otros mundos y de si haya en ellos seres capaces de designios. Es posible que los haya y que también sean pequeños espejos de su universo, como el hombre en la tierra.

Si vemos en el hombre un ser capaz de formular y llevar a cabo designios y planes, tenemos que dotarlo asimismo con la libertad necesaria para ello, entendida como facultad de tomar un camino u otro y como poder de señalar nuevas sendas antes desconocidas.

Tanto la formación de proyectos como el ejercicio de la libertad penetra en casi todo el campo de la vida espiritual consciente. Dicho en líneas generales, éste, nuestro propio espíritu, se nos manifiesta cuando pensamos, reflexionamos, establecemos juicios, nos asalta una idea nueva, nos deleitamos en la belleza, practicamos el dominio de nosotros mismos, sofrenamos nuestros apetitos, queremos y comprendemos a los demás... La ejecución de obras bellas, la busca de la verdad, el cultivo

de los sentimientos de bondad, de justicia, de amor; el enriquecimiento de los conceptos correspondientes a ellos y su incorporación en instituciones que mejoren la vida y alivien el dolor, los actos nobles y heroicos, la práctica de las más modestas virtudes: estas obras y creaciones constituyen la realidad del espíritu. El hombre es el artífice de ellas y en ellas debe buscar las ejecutorias de su superioridad.

Así, pues, pese a que nuestra fuente sea pequeña (no tan vasta como un espíritu universal, surtidor tal vez de ella, aunque no podemos verlo ni intuirlo), puede sin embargo, ser suficientemente cristalina y bastante a purificarnos.

Así tenemos que el terreno donde primordialmente florece el espíritu es la persona humana. Pero sabemos también que el individuo aislado es una abstracción. De dónde se deriva simultánea e inevitablemente que el espíritu constituye a la vez un fenómeno social. De aquí lo que se llama «espíritu personal» y «espíritu objetivo». Agreguemos desde luego el «espíritu objetivado» y tendremos las tres formas o aspectos en que la entidad espiritual se presenta a nuestra consideración. Cabría comparar a la persona dentro de cualquier conglomerado social a las células de un cuerpo orgánico; pero esta célula social le lleva a la orgánica la decisiva ventaja de ser el núcleo que piensa y tiene conciencia, con lo que le es propio un relieve de individualidad de que la otra carece.

La persona conserva a través del tiempo la conciencia de su identidad, de que dan muestra la perseverancia en los propósitos, y el cumplimiento de promesas empeñadas. Así considerada la persona es una entidad espiritual que se va haciendo a sí misma conforme a lo que debe ser y con los cambios que reclame la busca de superación. Pero los hombres no siempre perseveran en sus buenos propósitos y ¡con cuánta frecuencia no cumplen sus promesas! Son en estos casos solo apariencias de personas. Conservan hasta cierto punto la identidad del cuerpo y de los rasgos de la fisonomía, a menudo la igualdad del nombre, pero

han perdido la línea espiritual. No son más que la cáscara de sí mismos. En esta desintegración de la personalidad se puede ir desde la simple falta de carácter hasta la locura.

El conocimiento que tiene la persona de su propio ser por la mera introspección, antes de las experiencias de la vida, es deficiente e incompleto. Sólo las iniciativas que toma, las responsabilidades que asume, las luchas en que participa; en una palabra, las pruebas a que la somete el mundo ofrecen al individuo ocasiones de conocerse a sí mismo y de darse a conocer a los demás. No se sabe si uno es valiente o cobarde antes de que se presente el peligro que ha de encarar. Quedan en claro el egoísmo o la generosidad sólo cuando ocurre el momento de ayudar a alguien.

Pero no todo ha de ser ajeteo y movimiento externo. De tiempo en tiempo, ha de someterse lo vivido, lo observado y estudiado (pesares y alegrías) a reflexión meditativa. Hay que mirarse el alma algunas veces. En tal recogimiento reflexivo se hallan interesadas el arte y la ciencia, más aún la religión y la filosofía, y la formación misma de la personalidad. Así, el espíritu personal es como una abeja que liba en el jardín social, no sólo en las flores, sino a veces con preferencia en los charcos y pantanos, porque en cuanto artista el dolor le atrae. Dentro de sus espontaneidad elabora los sumos tomados y los convierte en obras, ya dulces, ya amargas, ya recias, que forman la expresión de su destino creador.

¿En qué consiste el espíritu objetivo? Está formado por agrupaciones sociales naturales, como ser pueblos y naciones; grupos de pueblos, razas, la humanidad; una ciudad una aldea; la familia. Lo integran también las manifestaciones de la vida de los mismos grupos, a saber: sus creencias, su derecho, su moral, el lenguaje, las prácticas del culto, todos los usos y costumbres, las canciones y bailes, y hasta la moda. Encontramos espíritu objetivo en las instituciones de educación y cultura, en las instituciones armadas, en las iglesias, partidos, gremios, sindicatos, y, en general, en toda clase de asociaciones. No dejemos de decir

en esta ocasión que entendemos las culturas en general como conglomerados en que obran potencias del espíritu objetivo y también del espíritu objetivado y agreguemos nuestra creencia de que no mueren tan por completo como lo sienta Spengler. Es el espíritu objetivo algo más que la simple suma de los espíritus individuales que le sirven de soporte; constituye una novedad ontológica. Los bosques parecen tener un alma propia que no se explica por la mera agrupación de los árboles que los forman. Con razón fueron adorados en otros tiempos. Sentimos en ellos una especie de espesura congénita que, según las circunstancias, nos infunde admiración, paz del alma, veneración y hasta temor. Con mayor motivo se puede hablar del alma de un pueblo o de una muchedumbre. En las acciones de esta última, predominan los instintos e impulsos primarios. Las manifestaciones superiores del espíritu le están vedadas. La reflexión, la meditación, la creación artística, el desarrollo de un razonamiento, son privilegios de los individuos que trabajan aisladamente. En todo caso, no hay que confundir el espíritu de una muchedumbre, masa fugaz e inorgánica, con el espíritu de una ciudad, de un pueblo o de una nación, que son estructuras sociales permanentes y más o menos organizadas.

Forma el espíritu objetivo una red que toma a todo individuo desde su nacimiento. Todos conocemos las redes que se colocan en los circos para evitar desgraciados golpes a los acróbatas. Ni más ni menos. ¿Qué mayor caída que la venida a este mundo? diría un pesimista. A cada nuevo ser humano lo toman necesariamente las mallas de los usos y costumbres de la colectividad en que ha visto la luz y lo más frecuente es que en ellas permanezca para siempre. La herencia espiritual no se transmite como la de la sangre y de la raza por medio de la generación, sino por la tradición. Pero el individuo no es ni puede permanecer ante ella enteramente pasivo y reacciona siempre, dando muestras de alguna espontaneidad personal. Si esto es efectivo respecto de prácticas superficiales, lo es mucho más en todo

cuanto dice relación con el desarrollo mismo de la persona, que no se puede alcanzar sin su colaboración activa. La vida es una renovación continua de problemas; cada hombre tiene los suyos y ha de resolverlos con sus esfuerzos e iniciativas. El tesoro tradicional, sobre todo en sus formas superiores, no se puede aprovechar si sólo se gasta la indolente tranquilidad con que se toman los rayos de un sol mañanero. Desde los secretos del arte y la técnica hasta los del lenguaje y del pensamiento científico y filosófico exigen actividad y ahinco para ser conquistados.

En las formas del espíritu objetivo, hallamos a los principales protagonistas de la historia: pueblos, razas, colectividades religiosas. Los héroes son representantes de algún espíritu existente o portadores de un espíritu nuevo que no puede ser exclusivamente personal. Acertadamente se llama al espíritu objetivo, en algunas de sus fases, espíritu histórico. El destino de cuanto tiene historia le es propio: las colectividades espirituales nacen, crecen, alcanzan un mayor o menor apogeo y mueren. Le ocurre lo que a las personas, con la diferencia de que los tiempos de su devenir son más largos: los pueblos, las razas, las iglesias cuentan sus pasos por siglos y siglos, los hombres por años. Desde el pasado, nos miran las épocas y culturas fenecidas o que salieron del plano de la actualidad. La marcha del espíritu es cambio y renovación continuo. Nos es dado decir que un momento histórico sea análogo a otro del pasado, como la época de los sofistas griegos al siglo XVIII francés, o nuestra edad al fin de los tiempos antiguos; pero en estas comparaciones podemos encontrar sólo semejanzas más o menos aventuradas y nunca igualadas. Por otra parte, preciso es reconocer que lo que ha tenido verdadero valor espiritual jamás perece por completo. «Lo que brilla», ha dicho Goethe en el Fausto, «nace para el momento, lo serio se conserva para la posteridad».

Recordemos todavía que un espíritu objetivo puede concluir por la extinción de los individuos que lo componen, como el

legendario cataclismo que asoló a Sodoma y Gomorra, o como en el caso del exterminio de una montonera.

En la realidad histórica, campo de un destino común, el espíritu objetivo y el personal, la colectividad y el individuo, marchan estrechamente ligados formando un todo. Sólo en vista de una observación provechosa los separamos artificialmente y hacemos de ellos abstracciones que se prestan a nuestro análisis. Mas ambos espíritus no coinciden en sus facultades. Únicamente el espíritu personal tiene conciencia y cuanto de ella se deriva. Es por esto una tragedia del espíritu objetivo el encontrarse con frecuencia inexpresado y sin dirección, a veces histérico en su impotencia. Las multitudes son monstruos de muchas cabezas o sin cabeza, mientras no tienen un conductor. ¡Y qué conductores les suele deparar a veces, ay, su mal sino! El estado no se substraer a estas crisis y quebrantos. Vive casi siempre asediado de problemas. En períodos de mayor desorganización las necesidades y las luchas interiores destrozan a la colectividad hasta que surgen el hombre o los hombres superiores que aciertan con lo que la hora reclama, o sea, que saben dar forma y realización al espíritu objetivo.

Si este no es una substancia, como no lo es tampoco ningún otro espíritu, según lo hemos venido sosteniendo, ¿de qué suerte representarnos su funcionamiento? Consideremos un matrimonio o cualquiera otra unión más o menos permanente, como ser una firma comercial, una amistad íntima. Acciones y reacciones ocurren inevitablemente entre las personas así unidas; cada una toma algo de la otra y pierde a la vez algo de sí misma. Ellas constituyen un todo nuevo que es al mismo tiempo más y menos que cada una separada, y nos encontramos con la más elemental forma de un espíritu objetivo; el de un matrimonio, el de una familia, si agregamos los hijos; el de una casa comercial, sin que haya intervenido para nada en la sencilla alquimia del proceso ninguna substancia específica. Pasando de estos pequeños círculos a ámbitos mayores, el fenómeno se repite en propor-

ciones gigantescas, en la aldea, en la ciudad, en la nación, en la raza, con las innumerables resonancias que provienen de la interacción de millares de hombres entre sí. Los espíritus personales forman los puntos de un tejido, de una red anímica extendida en el espacio y en el tiempo. La manera más o menos uniforme de interpretar la vida y de reaccionar ante ella, como asimismo las rectificaciones en que terminan los inevitables conflictos que surgen sin cesar entre los individuos y los grupos, se llaman manifestaciones del espíritu objetivo.

¿Y qué es lo que acontece cuando los sostenedores de un espíritu objetivo sustancial dicen como Hegel, que ese espíritu es el creador del derecho, de la moral, del estado, de la cultura? El hombre es en realidad el creador de esas cosas y no un espíritu que esté en el aire, fuera de él. Pero a la vez se trata de la carrera que debe hacer toda idea para llegar a tomar volumen social. Hemos dicho no ha mucho que el espíritu objetivo carece de conciencia y que debe esperar de las conciencias personales que lo dirijan. Igualmente se halla privado de la facultad de tener ideas por sí mismo y éstas, sean ellas de la clase que se quiera, encaminadas a crear, transformar o recrear cualquiera de las formas de la existencia social, deben nacer en una mente individual. De este lugar, en donde brotan, se esparcen cual ondas por el ambiente social, donde, cuando no mueren de abandono o sofocadas, son sometidas a discusiones y rectificaciones. Una vez aceptadas las hacen suyas los pueblos o la humanidad; se convierten en instrumentos de modificaciones reales, y lo que no fué más que una adopción aparece como una creación del espíritu objetivo. Ha habido en realidad una estrecha colaboración entre la mente individual, por sí sola madre desamparada de una hija expósita, la idea, y el amparo prestado por la colectividad que le ha permitido desarrollarse.

Agreguemos a todo lo dicho el cálido estimulante que la convivencia pone en las almas y tendremos un pálido análisis del espíritu objetivo, análisis en el cual subsiste siempre, cuando se

trata de creaciones, el misterio de como surge la chispa inicial de la concepción nueva.

Propongo que llamemos espíritu objetivado a las expresiones del espíritu vivo (personal y objetivo) incorporadas en algo material. El hombre lleva a cabo así una de las realizaciones del espíritu: lo objetiva y lo entrega a una forma de supervivencia en la historia.

Por doquiera nos rodea el espíritu objetivado. En el pasado que gesticula desde monumentos, restos y ruinas y desde las obras de arte y objetos de los museos. En los libros de poesía y literatura, en los códigos, en las estatuas que adornan nuestros paseos, en la música, en el teatro, en el cine, en todas las creaciones del arte actual, en las obras de técnica e ingeniería. Es una característica de los pueblos de alta cultura la veneración con que miran y conservan los testimonios de sus edades pretéritas atesorados en templos, edificios históricos, arcos, columnas, telas, piedras y mármoles modelados por la mano del hombre.

El derecho, la moral, la religión y el lenguaje, manifestaciones del espíritu primitivo que obtienen su primera consagración en las costumbres, se objetivan claramente por medio de la escritura. Esto es sobre todo, cierto de la religión, cuando se cristaliza en dogmas y menos cierto de la moral que siempre tiene contornos más imprecisos y mudables.

Incorporados en un material sólido los productos del espíritu aseguran su conservación. Por la escritura se salvaron los poemas de Homero y las charlas de Sócrates quedaron inmortalizadas en los diálogos de Platón, y Jenofonte, sin perjuicio de que estos últimos sean en no poca parte obra literaria de sus autores. Igualmente asidos a una sustancia material pueden perdurar los rasgos del espíritu personal y objetivo: el cine conserva los gestos, la voz, el brillo de los individuos, los movimientos y los gritos de la muchedumbre. Es claro que no siempre la escritura significa una objetivación permanente y más vale así. Ahí tenemos (en nuestra época de derroche de tanto papel y de

tanta tinta) las cartas, periódicos, revistas y cuántos libros que viven solo un día. Lo duradero de una obra depende de su valor intrínseco y del material que la sustente, aunque siempre cabe la mala suerte de que una poesía, a pesar de su belleza, se pierda, de que un monumento de arquitectura o escultura sea destruído.

N. Hartmann dice que el espíritu objetivado es conservador y tiránico y encadena al espíritu vivo. Las leyes escritas impiden el desarrollo del derecho, los dogmas, el del espíritu religioso. . . Sería menos claro este efecto detenedor en la moral, en la poesía y demás bellas artes. Pero es de todos modos un destino del espíritu vivo luchar con el espíritu objetivado y ser a menudo revolucionario. Tal vez por esto los futuristas, en su programa estridente y barbárico, preconizan la destrucción de museos y bibliotecas. No dejemos de observar, sin embargo, que no siempre el espíritu objetivado es conservador. En la Marsellesa vibra ese espíritu en una de sus más bellas formas y continúa siendo el himno de la revolución. ¿Son acaso las estatuas de Dantón y Camilo Demoulins lecciones de conservantismo? De ninguna manera. No lo son tampoco el *Contrato Social*, ni los millares de libros socialistas y comunistas publicados en el siglo XIX y en nuestros días. Que el espíritu objetivado sea conservador o no, depende pues, de su contenido.

Al espíritu, analizado en sus tres aspectos, como acabamos de hacerlo, lo hemos hallado siempre vinculado a un substrato material, en el cual palpita como un halo, del cual se desprende como un sutil florecer. El espíritu personal y el espíritu objetivo son realización y cambio continuos; el objetivado es busca de algo estable, busca ilusionada de perpetuidad, reto quimérico lanzado por el hombre al tiempo.

En un sentido amplio todo fenómeno de conciencia es de orden espiritual. Así un pensamiento bueno o malo, una idea verdadera o falsa, una pasión ruin o una pasión noble, un sentimiento de amor o de abnegación y otro de odio, de rencor o de

envidia. En un sentido estricto son espirituales los fenómenos del alma (ideas, acciones y sentimientos) que se ajustan a los valores positivos reconocidos por la humanidad o que buscan la creación de nuevos valores. Así, el buen pensamiento y no el malo, la idea exacta y no la errónea, lo justo, lo bello, lo heroico, lo santo.

¿Puede haber en esta materia algún criterio absoluto de verdad? Ocurre aquí lo que en el campo de la luz: hay zonas de claridad perfecta donde los juicios humanos espontáneamente y de buenas a primeras se manifiestan de acuerdo. Pero hay asimismo zonas de penumbras en que las cualidades y las cosas pierden su nitidez, los juicios discrepan y se enciende la lucha de ideas.

Tal vez el más radical antagonismo de valores es el provocado por los defensores de los fueros del instinto o de los instintos considerados como expresión de las fuerzas sanas y seguras de la naturaleza, al frente de los dictados de la razón y del espíritu que vendría a limitar y coartar el libre vuelo de la vida.

La exposición más brillante de la tendencia instintiva la hallamos en las ideas de Nietzsche. Entona himnos el filósofo poeta alemán a lo dionisiaco, triunfo de lo libre, apasionado y espontáneo, enseña del voluntarismo, y desestima lo apolíneo, enseña del intelectualismo que es medida, armonía y racionalidad; proclama la transmutación de todos los valores que debe operarse en un mundo gobernado por el principio soberano de la voluntad de poder, esencia de la vida y alma del universo.

Nada se escapa a la crítica de Nietzsche. La civilización se encuentra en un estado de nihilismo y decadencia. Los dardos de las invectivas y del sarcamo del filósofo caen con predilección sobre la religión y la moral, pero también sobre los sistemas filosóficos y la democracia.

La forma en que Nietzsche proclama el valor del poder es la que Charles Andler llama agonística, o sea, la que lo busca en la lucha y triunfo de la fuerza. Tenemos al frente de ella la

forma platónica o idealista que se da a conocer por sí misma como voluntad de influencia por medio de alguna perfección espiritual. La primera significa el ejercicio del puño, del músculo, de los instrumentos de la fuerza pública; la segunda el empleo de la inteligencia, de la magia del verbo, de los prestigios del arte, de las irradiaciones del amor.

Propugnar la libertad de los instintos y la bondad de la violencia es como embriagarse con los acordes de una Marsellesa filosófica, imposible de transponer en principios razonados. Comprendemos sin dificultad que no estará «enfermo de sí mismo», como dice Nietzsche del hombre civilizado, el bárbaro «magnífico y fuerte» que puede seguir impunemente el pregón de sus impulsos, capaz de coger todos los frutos y de matar todos los animales que quiera comerse, y a quien nadie ni nada estorbe la posesión de cuánta hembra encuentre en su camino y despierte sus deseos. Pero todos los demás hombres han querido y querrían hacer lo mismo: de los conflictos surgió la necesidad de limitaciones recíprocas y de normas sociales. Ciertamente abundan en el edificio moral levantado por la humanidad, las habitaciones demasiado estrechas, mal aireadas y sin luz. Es cuestión de transformar la fábrica distribuyendo mejor los espacios necesarios pero el hombre no puede vivir ya fuera de ella, ni volver al reinado de la violencia, en el bosque primitivo, en el llano la pradera, o el desierto.

Nos parece insensata la prédica en favor de los instintos. Persigue la destrucción de lo más específicamente humano: el imperio de la razón y del dominio de sí mismo en vista de fines superiores. Todos los males sociales tienen por antecedente inmediato impulsos extraviados o mal dirigidos, de las masas o de los individuos, sin perjuicio de que estos mismos puedan sumir sus raíces en los defectos de las circunstancias sociales ambientes. En la selva de la vida social se oye sobre todo el quejido de los vientos de las pasiones humanas y se siente el rechinar de los intereses encontrados. Desatando aún más la potencia de los

instintos, ¿se quiere acaso que aumenten todavía la desinteligencia e incomprensión humanas? No sería otra la consecuencia lógica de querer apagar los principios de la razón y del espíritu.

Es explicable que masas ignorantes, agobiadas de dolor y desesperanza puedan entregarse a excesos y desmanes. Mas no lo es que hombres cultivados, escritores y poetas, tomen la postura de añorar el imperio de la fuerza y pulsen la lira de Nerón para cantarla como valor supremo. Se sienten dioses paganos extraviados en nuestro planeta. Desgraciados y ciegos. Parecen ignorar que la fuerza solo puede servir quizás a intereses limitados de agrupaciones humanas, como la de un capitán de bandidos a los fines de la banda, como la de un dictador que obtiene en algún sentido el encumbramiento o el adelanto de su país, pero jamás a la humanidad toda. La violencia es siempre negación de valores espirituales. Por esto dijeron Sócrates y Platón en sentencia inmortal que más valía sufrir una injusticia que cometerla.

¿Qué nuevos valores coloca Nietzsche en lugar de los que pretende destruir? La voluntad de poder, un régimen aristocrático de superhombres, la diferencia de amos y esclavos. Si despojamos esta fórmula de la idea del superhombre perfecto, fantasía de realización bastante improbable, no queda ni siquiera con el mérito de la novedad. No es ninguna novedad en la tierra una sociedad formada por amos y esclavos, en que los primeros sean fuertes, agresivos e inescrupulosos y los segundos, sufridos, humildes y apocados. Es verdad que los amos, según Nietzsche, han de ser también austeros y severos consigo mismo. Tampoco es esto una novedad. Los esparciatas lo eran. Nos queda la voluntad de poder. La voluntad de poder ¿para qué? La voluntad de poder en sí como bello ejercicio de la fuerza, sin límites y sin reconocer valores. Es bueno lo que parte del poder y lo aumenta; es malo cuanto viene de la debilidad y debilita el poder. Se trata, si se quiere, de un hermoso himno a la vida, pero a la vida como fuerza bruta. Si los leones, los tigres y lobos formula-

ran una filosofía no la concebirían en otros términos. Reduciendo a sentencia lo que hacen, dirían: «Ejercitemos nuestra potencia y vivamos nuestra bella vida, fuerte, aventurera y belicosa.» Pero desde un punto de vista humano y racional esto es la desolación y la nada. Nietzsche no salió del nihilismo que con tantos arreos se aprestó a superar.

Hemos desbrozado nuestro camino del problema de los instintos. Estos son insubstituibles como fuerzas primordiales y en lo que atañe a la raíz de la vida; pero no pueden pretender más. Son el vapor que da impulso a la nave; no la brújula que marca el rumbo, ni las líneas que le prestan belleza. En la vida humana, los rumbos o normas y las líneas de belleza constituyen tópicos relativos a los valores.

Expresa con razón Nicolai Hartmann que «los valores no son poderes reales; son entidades esenciales, dicen lo que debe ser. No se realizan por sí mismos; no tienen la fuerza coercitiva de las leyes de la naturaleza. El simple «debe ser» no mueve el curso de las cosas. La realización de los valores depende de si encuentran en el mundo real un ser sensible a sus exigencias ideales que ponga su real energía a su servicio». Pero este filósofo afirma además que existiría un reino de las esencias, al cual pertenecerían los valores, como asimismo las verdades lógicas y matemáticas. «Que existe otro reino del ser», dice, «fuera del de las cosas reales y del no menos real de la conciencia es un antiguo punto de vista. Platón lo llamaba el reino de las ideas; los escolásticos el de las esencias. Esta última concepción ha recobrado vigencia en la filosofía contemporánea, por lo menos en lo relativo a los valores». Debemos confesar que para nosotros es tan improbable la existencia en sí de las ideas platónicas como la de las esencias.

Siguiendo su tesis sostiene Hartmann que el ser de los valores (Güterwerte) no depende de su relación con algún sujeto determinado sino que poseen una existencia en sí. Creemos por nuestra parte que los valores significan vivencias relativas al

hombre. Acabamos de ver cómo Hartmann coloca en igual categoría entre las esencias a las verdades lógicas y matemáticas y a los valores. Sin embargo, no es posible dejar de establecer una diferencia derivada de que todo valor surge de una relación con el ser humano. Es dado aceptar que los principios lógicos y matemáticos sean tan antiguos como el mundo, aunque se trate de una manera de existir que podríamos llamar en potencia. ¿Cabría decir lo mismo de los valores éticos y jurídicos? Estos son inconcebibles sin las relaciones de los hombres entre sí. Los valores estéticos resultan también inconcebibles sin relaciones entre los hombres y entre los hombres y las cosas. Aceptada la existencia de Dios tiene que ser concebida de una manera absoluta, sin principio ni fin, con menos relatividad aún, por decirlo así, que la de los principios lógicos y matemáticos. No obstante, los valores religiosos, calor del alma humana y vida superior de ella, no pueden aparecer antes del hombre. De suerte que la existencia del hombre es un antecedente imprescindible para la de los valores.

La materia tiene un ser en sí; lo orgánico y lo anímico también lo tienen. Podemos aún dotar con facultades inferiores del espíritu a algunos animales; pero las formas espirituales superiores que conocemos sólo se manifiestan en el hombre. Y los valores, aunque hundan sus raíces en los instintos, constituyen exponentes de esas formas superiores. Hablar de que los valores posean un ser en sí, sería algo semejante a investir a la razón de parecida existencia, aparte de los hombres, manera de pensar que nada justifica. Refiriéndonos a las ideas platónicas hemos dicho en otra ocasión: «En mi entender, la ciencia que Platón denomina de lo invisible, o sea, la contemplación de las esencias, tiene que conducirnos a buscar lo bueno, lo justo, lo bello, el bien, en nosotros mismo, en nuestra conciencia. Entiéndase bien que se trata de ideas y no de la aplicación de ellas. Porque si no las buscamos en nuestra conciencia, ¿dónde las buscaremos? Querer encontrarlas fuera de nosotros es como asignarles un lugar en el espacio

y las esencias nos parecen reñidas con el espacio. No dejemos de decir que Hartmann está muy lejos de señalar a las esencias un sitio en el espacio porque la existencia que les reconoce es de carácter ideal, lo que tampoco viene a ayudar a la comprensión de su tesis.

No se diga que con nuestra manera de comprender los valores caemos en el psicologismo o en el subjetivismo y los dejamos expuestos a las fluctuaciones de la conciencia individual. Detrás de la conciencia obran en lo subconsciente millares de lazos vitales que, a través de una herencia de tiempo incalculable, nos ponen en obscura comunicación con los orígenes mismos de la vida, e impiden que los juicios de valor puedan tornar como veleas movidas por los vientos del capricho. Fuera de la conciencia, asegura una especie de ser externo a los valores, sin necesidad de imaginar para ello un reino de las esencias, el espíritu objetivo de que hemos hablado antes, ambiente anímico en que tiene que moverse la personalidad y forma un coto para sus extravagancias. ¿No tendrán mayor raigambre y solidez los valores arrancando de nuestra entraña vital y ramificándose por el sutil tejido del alma social, que basándose en supuestas esencias fuera de nosotros?

En su aspecto más elemental, los valores colindando con lo instintivo, se presentan a la conciencia estimativa primaria en forma apriorística. Desde aquí empieza un proceso ascendente que va a culminar en los conceptos abstractos, y durante el cual la trabazón entre lo afectivo y lo intelectual no se deshace jamás. Cuando percibimos concretamente valores en las cosas o en los hechos (verdades, objetos bellos, cuerpos sanos, actos buenos, actos justos, hechos heroicos, actitudes nobles) llevamos a cabo una función en que colaboran nuestros sentimientos y nuestro intelecto y que significa una de las formas en que vamos realizando nuestra vida espiritual. Cuando de esas cualidades percibidas en las cosas concretas pasamos a formular por medio de la abstracción nociones generales, como las de justicia,

verdad, belleza, bondad, nobleza, vigor, llevamos a cabo otra función más alta, otra realización de vida espiritual, que entraña una verdadera creación. Así, pues, los valores en su forma superior vienen a ser conceptos, cuya substancia se extrae de la apreciación de las cosas y de los hechos, y en los cuales, por referirse a intereses profundamente vitales, se infunde de manera inseparable el calor de los sentimientos.

Los valores forman una conjunción de las tres clases de espíritu de que hemos hablado anteriormente: del espíritu personal en cuanto significan ideas y sentimientos de los individuos; del espíritu objetivo en cuanto estados anímicos, creencias y maneras de sentir de la colectividad; y del espíritu objetivado como substancia de leyes y códigos, de libros, de cantos y poesías populares, de estatuas, cuadros, templos y de toda clase de monumentos en que se hallan incorporados. Los valores poseen en su forma abstracta una especie de indestructibilidad substancial. Los hechos pueden contrariarlos, los contrarían en efecto muy a menudo, y no por esto dejan de existir. Pueden dictaduras, opresiones, revoluciones y guerras ocultarlos y hacerlos desaparecer momentáneamente, pero se mantienen y vuelven, clamando porque se les oiga. Y es como una persistencia del espíritu que quienes encarnan valores persistan en el tiempo. ¿No pesa más que todos los Felipes coronados de España en la civilización occidental, ese débil judío Spinoza que pulía vidrios para filosofar con libertad y murió prematuramente tísico? ¿No pesa más Shakespeare que Cromwell y Goethe, que los déspotas ilustrados de su época?

Cuando se habla de jerarquía de valores generalmente se entiende la escala de dependencia en que están colocados los individuos en la sociedad, en la iglesia, en una institución armada o en cualquiera otra colectividad, lo que indudablemente tiene su razón de ser. Pero en el orden espiritual esa jerarquía se refiere a la preferencia que deben tener normas y finalidades de cierta categoría sobre otras. ¿Es posible establecer semejante

jerarquía? Estimamos que sí, porque el hombre concibe los valores como un deber ser que mantiene su validez ideal independientemente de si es realizable o no.

Por ser lo más fundamental para la convivencia de los hombres, estimo que el primer lugar, la base de la pirámide de valoraciones, corresponde a los valores morales. Para las almas creyentes deben sin duda figurar en la misma categoría que estos y casi confundidos con ellos los valores religiosos. En seguida vendrán los intelectuales, jurídicos y estéticos. «El sentido moral es más importante que la inteligencia», dice Alexis Carrel. «Cuando desaparece de una nación, toda la estructura social comienza a vacilar. La belleza moral nos impresiona más que la de la naturaleza o de la ciencia. Da a quien la posee un poder extraño, inexplicable. Aumenta la fuerza de la inteligencia. Establece la paz entre los hombres. Ella es, antes que la ciencia, la religión y el arte, la base de la civilización».

No se diga que el orden de valoración que dejemos indicado corta las alas del espíritu en homenaje a la mediocridad. Es el único que nos parece razonable. Establece una escala en cuya base se encuentra lo más vital para nosotros. Al ascender por ella el hombre va encontrando abiertos los campos de la investigación científica y de las creaciones artísticas y filosóficas en una perspectiva de posibilidades ilimitadas. Las actividades económicas oscilan en una línea que va de los valores morales a los intelectuales, sin perjuicio de que no pocas veces caigan en lo inmoral. Todo trabajo honrado, por modesto que sea, lleva el aura de un valor ético. Desde el destripaterrones, encorvado sobre la tierra, el obrero, sudoroso y teñido de hollín al lado de su máquina, hasta el pobre maestro de escuela y el pálido oficinista, cegatón y de codos gastados en su pupitre, pasando por millares y millares de hombres desconocidos, todos forman la legión de los que solo trabajan para mantenerse y que, con su honradez, dan tono moral a su existencia, y no obstante su oscuridad, realizan también, aunque muy incompleta, una vida espiritual.

En el curso de mis reflexiones sobre los valores han flotado sin cesar ante mi mente la libertad y el amor, estas dos profundas necesidades del alma humana. ¿Qué son ellos? ¿Son un valor singular como cualquier otro? ¿Son algo más? De la libertad ya hemos hablado antes y de esa disertación anterior se desprende que, fuera de sus condiciones de dato de la conciencia y de postulado metafísico, es en cuanto valor, un valor jurídico. Alcanza la categoría de valor moral sólo cuando, no cediendo a las tentaciones del capricho o de lo ilícito, la ejercitamos para hacer lo que debemos.

Amar es darse a lo que se apetece, entregarse para poseer, maneras de entender que convienen a todo género de amor, desde el amor sexual hasta el amor a Dios. El amor, más que uno de los valores, es la esencia vital que presta a todos ellos el óleo de su prestigio, la secreta fuerza de su atracción: se ama la justicia, se ama la belleza, se ama la verdad, y saber valorar y saber amar vienen a ser dos acordes que se funden en una sola resonancia para apreciar el temple del metal de las almas.

En las luchas honradas de los hombres campean diferentes interpretaciones de los valores. De una parte y otra se alega la justicia de la propia causa; pero queda en lo alto sin mácula la bandera abstracta de la justicia pura. Esta es la santidad del valor.

En la veneración del valor abstracto comulgan todos los hombres. Comulgan juntos aún el creyente y el incrédulo que por distintos caminos llegan a un campo común, a la estimación de una misma cosa que los une. Aquél llega, después de describir la parábola de su fe, encontrando detrás de Dios los ideales que orientan la vida de los hombres. El incrédulo, cuya alma no ha sido secada por un escepticismo sin piedad, reconoce directamente la necesidad de esos ideales. Así uno ve el afloramiento de algo genuinamente humano donde el otro siente una emanación de la divinidad: dos fases para una misma cosa, cuya esencia viene a ser una de las realidades de lo espiritual en la vida.

El espíritu que nos es dado entender consiste siempre, como lo hemos dejado establecido, en una especie de exhalación, de llama que vibra y ondula desprendida de algo material y adherida a ello. De otra manera no lo encontramos jamás. Tomando en cuenta esta unión inseparable de la materia y del espíritu, distingamos para nuestro objeto tres formas de vida espiritual: 1) la hecha a base de resignación; 2) la que sin llegar a una resignación absoluta se hace sin un substrato económico suficiente; y 3) la que florece en armonía con un progreso material sólido.

A esta última manera de entender la cultura proponemos llamarla cultura integral. Reconozcamos el valor básico de los factores económicos, pero no olvidemos que el progreso material y el dominio y explotación de las fuerzas naturales no deben ser tenidos como fines en sí, sino como instrumentos y medios de vida espiritual. No nos engañemos con esa falsa civilización materialista que hace al hombre frívolo, sensual, inescrupuloso, explotador e injusto; con esa civilización que engendra los nacionalismos petulantes y rabiosos, origen de la bárbara calamidad de la paz armada y de las guerras. ¿No sabe el hombre lleno de riquezas, o aún de ciencia o capacidad técnica, ser justo, ser ecuánime, sustraerse a las mezquindades cotidianas y asumir actitud filosófica ante ellas, tener vibraciones de humanidad, en una palabra? Entonces carece de la divina esencia de una verdadera cultura. ¿De qué sirve una cultura que en definitiva no conduzca a un perfeccionamiento interior y a una mejor comprensión entre los hombres?

Para terminar: El hombre ha venido creando desde su aparición sobre la tierra un mundo artificial, primero con un ritmo lento, y después, sobre todo desde el siglo pasado, con una rapidez vertiginosa. Por supuesto que cuando empleamos el término «creación» no queremos decir sacar algo de la nada. La nada, como lo ha expresado Bergson, es impensable. Por creación denotamos simplemente transformación de energías, nueva disposición de materiales, producción de síntesis llevadas a cabo

con elementos ya existentes. Tanto la rapidez como la inmensidad de la creación realizada por el hombre en el orden material suelen ser abrumadoras para él mismo. Sin embargo, es tal su adaptación a las nuevas condiciones que generalmente lo artificial en medio de que vive lo considera lo más natural, lo único natural. ¿Hay nada más natural para los ricos que el lujo, el confort, los expeditos medios de comunicación y las variadas distracciones a que recurren? Esto es tan natural para ellos que no conciben como podrían vivir de otra manera. Pero el hombre ha venido creando a la vez un mundo espiritual, el mundo espiritual de que nos hemos ocupado en estas páginas, y que es como un flúido que da firmeza y trata de ensamblar bien las diferentes partes de lo artificial material. Tal función desempeñan principalmente los valores.

Entre el mundo material y el mundo espiritual se mantiene una interacción constante. Cuando se descuida y olvida al mundo espiritual, o sea a los valores morales, jurídicos y estéticos, el mundo material a su vez empieza a descomponerse hasta que se derrumba. Es lo que se ha observado de todas las épocas en decadencia. La sociedad muestra una condición que es propia de la esencia de la vida, o sea, la de manifestarse como un equilibrio que se va rompiendo e interrumpiendo por disequilibrios continuos.

En la cultura espiritual distinguimos un aspecto interno y otro externo. A este correspondería el nombre de civilización; pero ni uno ni otro pueden prescindir de vinculaciones materiales. Entre la cultura exterior y la interior, hay la misma diferencia que entre una prescripción de policía y un versículo del Evangelio. Esta supone una disposición cordial, el alma imantada hacia el bien. Aquella se contenta con no ser infringida. Es un hecho cuya evidencia no puede negar ni el más escéptico; el de la necesidad de la convivencia social. Ni al misántropo, ni al anacoreta, les es dado substraerse a él si no quieren perecer de hambre o de frío o por cualquiera otra causa relacionada con la

inevitable cooperación de los demás hombres. Es un hecho que por su importancia toma los relieves de un principio básico y normativo de la vida humana, que se completa, como su clara consecuencia, con el de la ley de reciprocidad que debe reinar entre los hombres.

Reciprocidad, equidad, justicia. No pasamos de la cultura exterior, cuando estas normas no encuentran un eco en los senos del alma y se entrega sólo al estado y sus instituciones el hacerlas respetar. Entonces, únicamente en manos del juez, del policía y de la fuerza armada, está el cordón que mantiene el orden dentro de la sociedad. Al contrario, la cultura interior hace que el alma misma por inspiración propia vaya tras la realización de esas normas. Es la actitud de la buena voluntad. Cambiando ligeramente una hermosa sentencia mística podría quedar expresada esta actitud con decir: «Buscad al buen espíritu y lo demás os será dado por añadidura».

Este trabajo es una especie de confesión intelectual. Lo ofrecemos también como una pequeña contribución, pero propia, a la labor del pensamiento en nuestra raza, tan poco estimada aún a causa de su falta de aportes originales a la cultura superior y donde la lucubración filosófica se halla en verdad todavía en pañales.

Se podrá decir sin duda que las síntesis que proponemos son aventuradas y precipitadas; pero de toda síntesis filosófica cabe afirmar en mayor o menor grado que sea precipitada. Siempre será posible para suspenderla esperar nuevos datos que proporcionen la reflexión, la ciencia y la experiencia; pero de esta suerte nunca llegará el momento de formar una síntesis, de formular una concepción global del universo y de la vida. Los que no nos conformamos con permanecer en un caos de desorientación, viviendo al día no podemos esperar indefinidamente para delinear nuestro credo. ¿No tiene el alma que ha reflexionado, que ha meditado con ahinco, el derecho de decir cuál ha sido su experiencia? ¿No tiene esta luz efímera de la conciencia el dere-

cho de expresar, tras sincero examen, en cándida y devota confesión, cómo ha visto al mundo en el lampo fugaz en que deslumbrada le ha tocado contemplarlo? Así hemos llegado a esta filosofía que no es la navegación por rutas trazadas de antemano a puertos de ventura, sino la marcha exploradora hacia mares desconocidos. No trae ella tanto el reposo de creer como la inquietud de crear; pero llevamos la brújula de los valores y fe en la misión humana y en el buen Dios que cada hombre deje hablar en su entraña. Será, por lo demás, como toda filosofía, incompleta y sujeta a rectificaciones. La vida es construcción continua.

Sin embargo, cabe una última observación. Después de un tiempo remoto, remotísimo, tras el rodar de millares de millares de siglos, es posible que por una causa u otra esta maravillosa vida se extinga en la tierra, y que las prodigiosas creaciones del hombre caigan en una destrucción equivalente a la nada. Esta catástrofe la divisamos tan lejos que apenas nos conmueve. Pero no es improbable. ¿Y por qué no pensar, lo que ahora parece inverosímil, que en aquellos apartadísimos días, otros seres, realizadores también del espíritu en otros mundos, estuvieran en comunicación con los hombres, y pudieran recoger, aprovechar, salvar lo mejor de la cultura humana? ¿Es esto fantástico, quimérico, extravagante? Llamadlo como gustéis; pero tampoco es improbable. Tendríamos entonces en el espacio universal el espíritu, realizándose eternamente a través de formas transitorias y a cada ser transitorio participando del sabor de lo eterno y de lo infinito al buscar su perfección.